

STEFAN ZWEIG PARA HISTORIADORES DEL DERECHO: EL PODER DE LA CONCIENCIA LIBRE

STEFAN ZWEIG FOR HISTORIANS OF LAW: THE POWER OF FREE CONSCIENCE

Enrique San Miguel Pérez¹
Universidad Rey Juan Carlos

Resumen. El artículo reivindica la obra de Stefan Zweig tras setenta y seis años de su muerte. La reforma luterana y la revolución francesa fueron dos hechos históricos que supusieron ruptura religiosa y política respectivamente que tuvieron reflejo en la obra del escritor austríaco a través de la biografía de María Estuardo y de Fouché. Por su parte, en *Castiello contra Calvino* el eje será el ser humano y su lucha por sus derechos y libertades empezando por la libertad de conciencia. No se olvidan en el artículo otros títulos de peso como *El legado de Europa* o *El mundo de ayer*.

Palabras clave: Stefan Zweig, Europa, libertad de pensamiento.

¹ enrique.sanmiguel@urjc.es

Abstract. The article claims the work of Stefan Zweig seventy-six years after his death. The Lutheran reform and the French Revolution were two historical events, supposed religious and political rupture respectively, that had reflect in the work of the Austrian writer through the biography of Mary Stuart and Fouché. Other books such as *Castiello contra Calvino* has as the principal axis the human being and his struggle for his rights and liberties starting with the freedom of conscience. Are not forgotten in the article other titles like *El legado de Europa* or *El mundo de ayer*.

Keywords: Stefan Zweig, Europe, freedom of thought.

"...la independencia moral de la humanidad a la larga resulta - ¡eterno consuelo éste!- indestructible. Nunca hasta ahora ha sido posible imponer de modo dictatorial una única religión, una única filosofía, una sola forma de ver el mundo a toda la tierra, pues el espíritu siempre sabrá resistirse a cualquier servidumbre, siempre se negará a pensar de una forma que le sea prescrita, a que lo conviertan en algo vacío e insípido, a dejarse restringir y unificar. Qué banal y qué vano resulta por ello todo empeño de querer reducir la sublime variedad de la existencia a un común denominador, así como el de dividir de un modo maniqueo a la humanidad en buenos y malos, piadosos y herejes, en obedientes y hostiles al Estado, basándose en un principio impuesto solamente por la ley del más fuerte" ².

² ZWEIG, S.: *Castiello contra Calvino. Conciencia contra violencia*. Barcelona. 2010, pp. 16-17: "Siempre habrá espíritus independientes que se alcen contra semejantes violaciones de la libertad del ser humano: los objetores de conciencia, los que con decisión se insubordinan frente a cualquier coacción ejercida sobre la conciencia. Ninguna época ha podido ser tan bárbara, ninguna tiranía tan sistemática como para que algunos individuos no lograsen escapar a la violencia ejercida sobre las masas y defender el derecho a una opinión personal frente a los violentos monomaniacos y a su verdad única".

1.- Conciencia contra violencia

Hace apenas un par de décadas, Stefan Zweig era, para algunos vocacionales árbitros del criterio académico y, no digamos, para los aspirantes a impulsores de las grandes corrientes del pensamiento dominante, un reaccionario "autor de biografías" carentes de rigor y llenas de sus propias y nada "científicas" opiniones, cursis y, en las más de las ocasiones, plumizas. Únicamente, se le reconocía un cierto mérito como escritor de algunas bellas breves novelas, como *Carta a una desconocida*, casi su única creación aceptada por la policía cultural. Zweig era un escritor menor, falto de originalidad, y proverbialmente poco innovador, que se ocupaba de reinas desdichadas y personajes históricos pintorescos y siempre comerciales. Un autor para lectores poco exigentes que se sentaban en los largos inviernos junto a la mesa camilla y en los cortos veranos se empeñaban en pensar que descansaban, mientras acudían a playas atestadas en mares de pobres.

El propio Zweig era muy consciente de su posición en la república de las letras. Y su canto a la independencia, tanto a la suya como a la de sus lectores, y con nosotros a la de todos los seres humanos, adquiere hoy, en tiempos de "pensamiento único", el mismo pensamiento único de entonces, aunque seguramente hoy mucho más empobrecedor y previsible, una especial resonancia. En efecto, la independencia espiritual resulta indestructible. Pero su precio, muchas veces, demasiadas, se antoja demasiado elevado.

Porque se cumplen este año 2017 los 75 desde el fallecimiento del escritor austriaco en Petrópolis junto a su esposa segunda esposa, Lotte Altmann, el 22 de febrero de 1942. El diagnóstico forense dijo que como consecuencia de un suicidio. Hay quien sostiene que inducido o directamente perpetrado por agentes nazis. Aunque hay muchas formas de arrinconar a un creador en la marginalidad, o de instalarlo en la ausencia de toda voluntad de seguir existiendo. Porque hacía mucho tiempo que el escritor vienés había cometido una falta que la profesión

literaria no perdona: tener éxito. En su caso, muchísimo. Y, como consecuencia, ganar dinero hasta extremos casi obscenos.

Zweig se granjeó la hostilidad de sus contemporáneos, de los amigos a los que con enorme generosidad acogía en su casa de Salzburgo durante los veranos, durante todos los veranos. Quienes apenas habían abandonado su casa se convertían en los más implacables críticos de su obra, tanto de sus delicadas biografías como de sus ensayos. Y no digamos de su producción más literaria. Y el extraordinario y popular narrador no fue capaz de sobreponerse a su propio éxito, y a la malignidad de las demoledoras críticas recibidas. Como todo corazón generoso y como toda alma grande, era sumamente dependiente de la opinión de sus contemporáneos. No digamos de aquellos a quienes consideraba sus amigos. Algunos, es cierto, como Hermann Broch, en cambio, le eran muy leales, y consideraban muchísimo su opinión sobre su propia obra³.

Una de las más singulares relaciones de amistad establecidas por Stefan Zweig en el transcurso de su vida fue la que le unió con Joseph Roth, el autor de *La marcha Radetzky* o de *La cripta de los capuchinos*, inmenso escritor judío después convertido al catolicismo y ganado para la causa de la restauración de la monarquía en Austria, exiliado, y sostenido en el exilio por la permanente asistencia económica de Zweig, su más incondicional admirador. Fallecidos ambos muy prematuramente, apenas con tres años de diferencia, en 1939 Roth y en 1942 Zweig, sus itinerarios vitales parecían contrapuestos: Roth subsistía condenado a una existencia miserable y Zweig era un novelista de éxito; Roth era un judío-católico y partidario de los Habsburgo, y Zweig un escéptico religioso y, no digamos, institucional. Los espíritus de ambos formidables escritores eran tan disímiles como sus trayectorias vitales y profesionales.

³ LÜTZELER, P. M.: *Hermann Broch. Una biografía*. Valencia. 1989, pp. 127 y ss.

Pero Zweig reconocía en Roth una cualidad esencial a la creación y a la investigación, a toda forma de dedicación intelectual: la originalidad. Roth era, sin duda, uno de los grandes escritores de una generación portentosa, probablemente una de las más geniales de la historia. Pero también una generación que se había mostrado incapaz de combatir, derrotar o, al menos, contener el triunfo del totalitarismo y de la barbarie. Si es que había tenido la voluntad de hacerlo. Por eso, cuando Zweig abandonó Europa huyendo del nazismo y de la guerra, y se instaló en América, finalmente en su amado Brasil, lo hizo herido de muerte, conmocionado por la suerte de sus patrias, de la Austria confederal desaparecida, de la Europa universal perdida, abrumado por el oscurecimiento del amor por la libertad, la tolerancia y la civilización, la creatividad y la inteligencia.

Stefan Zweig había sido ciudadano, en primer lugar, de una patria sin parangón en la historia: la Europa danubiana, es decir, la primera metáfora política e institucional de la vigente Unión Europea, el primer ensayo histórico de convivencia de pueblos y culturas dentro de una solución democrática para la integración y para la pluralidad. En su expresión última, el imperio-reino de Austria-Hungría, la confederación en la que nació, creció y maduró Zweig y, durante medio siglo, la experiencia de la construcción compartida de una experiencia cotidiana de ejercicio de identidades, sentimientos religiosos, ideas políticas, e idiomas y culturas diferentes dentro de un marco constitucional común, de entendimiento de la complejidad, de respeto, y de tolerancia. El amor por Austria, y su significación para todas las minorías de la Europa danubiana cuya existencia en libertad era garantizada por el imperio-reino de los Habsburgo, constituía para Zweig, que no era monárquico, ni nacionalista, ni católico, ni integrante de las instancias de gobierno del Estado, la manifestación tangible de la posibilidad de la convivencia armónica, en libertad e igualdad, de los diferentes⁴.

⁴ ZWEIG, S.: *El legado de Europa*. Barcelona. 2010, p. 270: "...misteriosamente en nuestra peculiar Austria, los verdaderos partidarios y defensores de la misma nunca se encontraban en Viena, en la capital de la

Una excelente producción austriaca dirigida por María Schrader, *Stefan Zweig. Adiós a Europa* (*Stefan Zweig, Farewell to Europe*, 2016), protagonizada por Josef Hader en el papel principal, Aenne Schwarz como Lotte Zweig, y Barbara Sukowa como Friderike, la primera esposa del escritor, ha venido a reivindicar muy recientemente el inmenso legado ético del autor de *La impaciencia del corazón*. Pero se diría que no tanto, o al menos no con el mismo énfasis, la extraordinaria entidad de su producción escrita. El rodaje de la película, sin embargo, coincidió en el tiempo con el octogésimo aniversario de *Castellio contra Calvino*, un libro aparecido en medio de la peor crisis de civilización de la historia, el año en el que el estallido de la Guerra Civil española anunciaba la profundidad de la mortífera fractura abierta en Europa por la narrativa aniquiladora del totalitarismo nazi-fascista-stalinista. Un libro que permite aproximarse a la vigencia y riqueza de la aportación del hombre de letras, el ciudadano, el pensador y el intelectual. Un libro cuyo subtítulo, *Conciencia contra violencia*, viene también a expresar la significación civilizadora del derecho a través de la historia.

2.- Los caminos apartados de la moral y de la política: la ciencia magistral de ocultarse a sí mismo

Para Stefan Zweig, el análisis histórico e institucional se centraba en concretos episodios de la historia moderna y contemporánea, por un lado, y en su propio mundo, al que dedicó sus bellísimas memorias, por el otro. De los siglos previos al XX, dos fueron los procesos que atrajeron sobremana su atención: la Reforma protestante y la Revolución Francesa. Seguramente, porque consideraba ambos grandes itinerarios históricos como formidables oportunidades para el fortalecimiento del proceso de civilización y, sin embargo, de acuerdo con su óptica, las oportunidades derivaron en intolerancia, persecución,

lengua alemana, sino siempre y exclusivamente en la periferia del imperio, donde las gentes podían comparar a diario el dominio clemente y atenuado de los Habsburgo con el más represivo y menos humano de los países vecinos".

odio, y fractura. Y ambas rupturas modernas, la religiosa y la política, quedaron para siempre identificadas con personalidades que, ubicadas en posiciones que representaban atalayas de poder y decisión inmejorables, se vieron al final arrolladas o privilegiadas por una historia que Zweig consideraba como una maquina cruel e implacable: en el caso de la Reforma, María Estuardo y Castello serían las víctimas, e Isabel de Inglaterra y Calvino los triunfadores; en el supuesto de la Revolución Francesa, la dicotomía quedaba establecida entre María Antonieta y Joseph Fouché. En realidad, para Zweig, todos actores de un mismo drama incontrolable.

La Reforma luterana, y la consiguiente quiebra del proyecto de catolicidad, en efecto, sería muy singularmente descrita por el escritor vienés a través de una figura apasionada, como la de la reina consorte de Francia y propietaria de Escocia, María Estuardo, quien se convertiría en un obstáculo político, pero también vital y existencial, a la implantación de un modelo de Estado confesional en la antigua Caledonia, mayoritariamente ganada para el credo calvinista en sus Tierras Bajas, lo que se enfrentaba con las convicciones de la reina. Una reina que, además, era la única heredera dinástica de la reina de Inglaterra, Isabel, que carecía de descendencia. Por lo tanto, por católica, por escocesa, y por futura reina de Inglaterra, una aliada anhelada por todos los Estados europeos, y entre todos por la monarquía de España. Y, por supuesto, un peligro para la supervivencia de la reina de Inglaterra y de su monarquía, como la escocesa también confesional, a través de la atribución de la suprema autoridad religiosa al rey desde el *Acta de Supremacía* del padre de Isabel I, Enrique VIII, promulgada en 1536. La reina María había sido reducida por los nobles escoceses y entregada a la reina de Inglaterra, quien la recluía en el castillo de Fotheringay. Y, cuando en 1587 se le presentó a la reina Isabel el pretexto para la eliminación de su prima María, a partir de su supuesta conjura con los católicos ingleses para apoderarse del trono, una conspiración además apoyada por España, la reina de Escocia fue sentenciada a muerte y ejecutada. La reflexión de Stefan Zweig sobre el sentido y el significado de la decisión política no puede resultar más

aleccionadora. No se trata de aplicar el derecho, y no digamos la moral. Se trata de prevalecer:

"La moral y la política van por caminos apartados uno de otro. Por ello, siempre se juzga un acontecimiento desde campo totalmente distinto según que se le valore desde el punto de vista de la humanidad o desde el del provecho político. Moralmente, la ejecución de María Estuardo sigue siendo un hecho en absoluto indisciplinable: contra todo el derecho entre los pueblos, en plena paz, se había aprisionado a la reina del país vecino; en secreto se le habían tendido lazos, y del modo más pérfido se le habían atado las manos. Pero tampoco se puede negar que, desde el punto de vista de la política de Estado, la eliminación de María Estuardo era una recta determinación para Inglaterra. Pues en la política -¡por desgracia!-, cuando se toma una medida no decide el derecho, sino su éxito"⁵.

Considerando que el sucesor en el trono inglés de Isabel I fue el hijo y heredero de María en Escocia, Jacobo VI Estuardo, I en Inglaterra, primer rey de la dinastía escocesa que reinó en Inglaterra sucediendo a la dinastía galesa de Tudor, se puede convenir en que una broma del destino vino a completar una pugna por el poder en donde, una vez más, de acuerdo con la perspectiva del escritor austriaco, la historia y la política se sobrepusieron, y ampliamente, a las pretensiones de sus siempre efímeros protagonistas.

La independencia creativa y el sentido de la responsabilidad respecto de las consecuencias políticas y morales de la propia creación que anima a los grandes escritores, en el supuesto del período un autor tan permanentemente instalado en la reflexión sobre la colisión entre la historia, el poder y la naturaleza humana como William Shakespeare, vendría a consolidarse como un inmejorable observatorio de un proceso en el que el poder, al final decide establecer su residencia allí donde el

⁵ ZWEIG, S.: *María Estuardo*. Barcelona. 1984, p. 348.

escritor procede a la interpretación de su contemporaneidad⁶. Por eso, la creación sobrevive siempre al dominio, a la violencia y a la coacción. Por eso, Zweig es hoy infinitamente más leído que cualquiera de los matones nazis que le empujaron al exilio, pero también que los escritores que examinaron su producción con abierta condescendencia.

En el supuesto de los procesos revolucionarios continentales, dos contrafiguras, María Antonieta y Fouché, vienen establecer los términos del análisis de Stefan Zweig. Pero especialmente sugestivo le resulta al escritor austriaco el supuesto de quien habría de comenzar su carrera pública como diputado del estamento eclesiástico en los Estados Generales que connota como "el genio tenebroso". Zweig recuerda que "ni siquiera con Dios se compromete José Fouché para siempre", porque a pesar de ser oratoriano, de vestir el hábito de los clérigos, y de estar tonsurado, nunca tomará las órdenes mayores, ejerciendo como profesor durante diez años en los seminarios de Niort, Saumur, Vendôme y París. Pero en esos años, además de no contraer ningún compromiso, adquiere otras habilidades y competencias: "el arte de callar, la ciencia magistral de ocultarse a sí mismo, la maestría para observar y conocer el corazón humano"⁷.

⁶ BERNES, L.: "Transcendence and Equivocation: Some Political, Theological, and Philosophical Themes in Shakespeare". ALVIS, J. E. & WEST, T. G. (Eds.) *Shakespeare as Political Thinker*, pp. 397-406. Wilmington (Del.) 2000, p. 404. Vid. igualmente WORDEN, B.: "Shakespeare and politics". ALEXANDER, C. M. S.: *Shakespeare and Politics*, pp. 22-41. Cambridge. 2004, pp. 37 y ss.

⁷ ZWEIG, S.: *Fouché. El genio tenebroso*. Barcelona. 1984, pp. 14 y 15: "Si este hombre, aun en los momentos de mayor pasión de su vida, llega a dominar hasta el último músculo de su cara; si es imposible percibir una agitación de ira, de amargura, de emoción en su faz inmóvil...; si con la misma voz apagada sabe pronunciar lo cotidiano y lo terrible... ello se debe a la disciplina incomparable de dominio sobre sí mismo aprendida en los años de religión... A esto reúne Fouché una autodisciplina férrea, casi espartana, una resistencia interior extraordinaria contra el lujo, la fastuosidad y el arte sutil de saber ocultar la vida privada y el sentimiento personal".

Frente a la pasión de las reinas Estuardo y Tudor o Habsburgo, el proceso revolucionario eleva a las supremas responsabilidades públicas a quienes habitan en el disimulo, y carecen de condiciones para liderar la historia en vez de servirse de ella. A quienes observan, esperando captar el error ajeno, o escuchan, aguardando que las palabras de quienes son capaces de conjugarlas con sentido puedan llegar a convertirse en su propia perdición. Los creadores, cuyo torrente de ideas y cuya inventiva limita siempre con el error, el exceso y el defecto, lideran los procesos de transformación. Muchas veces, sucumben en el empeño. Y a la hora de los valientes sucede la hora de los mediocres, cuya vida acostumbra a ser mucho más larga.

Pero Zweig no juzga severamente a Fouché. De hecho, confiesa que ha dedicado su libro al intento de esclarecer "y adivinar en su destino, lleno de vicisitudes, la estirpe espiritual de quien fue el más excepcional de los hombres políticos"⁸. Y pone fin al ensayo. La valoración de Zweig, de un Zweig maduro y en la cumbre, que termina el libro en Salzburgo en 1929, conduce necesariamente al establecimiento de una profunda cesura entre la política practicada en la Europa liberal, cercada por el autoritarismo y por el totalitarismo, pero todavía no alarmada por su vocación de hegemonía aniquiladora, y la Europa que se avecina, en donde el proyecto de civilización se verá sometido a la agresión más brutal de su historia. El *Fouché* de Zweig no vacila en reconocer la observación, el cálculo, el silencio y la gelidez como grandes cualidades para el ejercicio de la acción pública. El criminal "ametrallador de Lyon" crece en simpatía para el lector de la biografía del autor vienés. La falsedad, el cinismo y la hipocresía son todavía virtudes del político.

⁸ *Ibidem*, pp. 253-254: "Las *Memorias* que publica en París en 1824 un librero hábil son tan dudosas como él mismo. Ni desde la tumba delata el tenaz silencioso toda la verdad. A la tierra fría se lleva, celoso, sus secretos, para subsistir él mismo como un secreto, todo crepúsculo y tinieblas, figura siempre hermética, impenetrable. Pero precisamente por eso seduce e incita al juego inquisitivo, que él mismo ejercía tan magistralmente, a intentar descubrir, en la huella fugaz, todo el rumbo laberíntico de su vida".

3.- Libertad de pensamiento

Pero un Stefan Zweig distinto es el que se interna en los años siguientes a la crisis de 1929, y asiste a la irrupción del autoritarismo en Alemania y en Austria. Es un Zweig en donde la observación atenta se ve superada por un profundo sentido del compromiso. El escritor de éxito decide involucrarse en el combate democrático. Y, muy especialmente, cuando cobra adecuada conciencia de la desproporción de las fuerzas en conflicto. O, más concretamente, cuando sabe que la batalla está perdida.

La política de la República austríaca surgida del "lo que quede será Austria" de Georges Clemenceau, del despiadado troceamiento de la confederación danubiana, y la reducción de los Estados de los Habsburgo a una expresión mínima, ni siquiera respetuosa con el principio de autodeterminación de los pueblos defendido por Woodrow Wilson en sus "Catorce Puntos", se había visto obstaculizada por la hostilidad de las potencias democráticas y, tras el triunfo del fascismo italiano en 1922 y del nazismo alemán en 1933, por el afán expansionista de sus vecinos totalitarios, en el Sur y en el Norte. Por eso, tanto la vieja Austria había sido arruinada como la Austria actual debían su existencia, escribía Joseph Roth en 1934, a "un malentendido": las potencias no querían que se uniera a Alemania y, de esta manera, la derrota se convirtiera en una victoria para el mundo germánico ⁹.

1934 era, precisamente, el año en que, tras sofocar la revolución simbolizada por la resistencia de la Karl Marx Hof, Austria se había instalado en el autoritarismo. En estas circunstancias, la publicación de *Castellio contra Calvino* en 1936 venía a recordar la también desigual batalla disputada cuatro siglos antes por el pensamiento libre y el supremo afán de dominación totalitaria, que siempre propende al aniquilamiento de toda forma de independencia espiritual. En 1936,

⁹ ROTH, J.: *El juicio de la historia. Escritos 1920-1939*. Madrid. 2004, pp. 302 y ss.

Stefan Zweig no albergaba ya la menor duda en cuanto al sentido que la historia había cobrado en Europa, pero también la obligación de toda persona de perseverar en el deber de preservar el proyecto de civilización:

"No importa cómo quiera uno denominar los extremos de esta tensión permanente -tolerancia frente a intolerancia, libertad frente a tutela, humanismo frente a fanatismo, individualismo frente a mecanización, conciencia frente a violencia-, todos estos nombres expresan una opción que en última instancia es la más personal y la más íntima, la que para todo individuo resulta de mayor importancia: lo humano o lo político, la ética o la razón, el individuo o la comunidad"¹⁰.

El intento de las repúblicas germánicas de Entreguerras de crear una nueva democracia, arruinado tras la "catástrofe de 1933", y catástrofe para el proyecto de civilización en su conjunto, pero muy especialmente para el afán del derecho de contribuir al despliegue de una nueva etapa en la historia de las formas de organización estatal al servicio de la plenitud de la existencia humana¹¹, una etapa que finalmente acertaría a abrirse tras la finalización de la devastadora II Guerra Mundial que, entre millones, se llevaría consigo la vida del

¹⁰ ZWEIG, S.: *Castellio contra Calvino...*, pp. 13 y 18-19: "En la vida, los destinos están casi siempre separados: quienes comprenden no son los ejecutores, y quienes actúan no comprenden..."

...Castellio, y de ahí su gloria inmortal, es el único de entre todos esos humanistas que, con decisión, se sale de la fila, enfrentándose a su destino... Las ideas intemporales, válidas para todos los seres humanos, al ser formuladas por un creador, conservan siempre su carácter. La profesión de fe ligada al mundo siempre sobrevivirá a la doctrinaria y agresiva..."

¹¹ KRIELE, M.: *Einführung in die Staatslehre. Die geschichtlichen Legitimitätsgrundlagen des demokratischen Verfassungsstaates*. Darmstadt. 1994, pp. 331 y ss. Vid. también REINHARD, W.: *Geschichte der Staatsgewalt. Eine vergleichende Verfassungsgeschichte Europas von den Anfängen bis zur Gegenwart*. München. 2000, pp. 509 y ss.

matrimonio Zweig, representaba para el escritor austriaco, en todo caso, una experiencia muy valiosa. A veces, Stefan Zweig decía que era difícil saber si una persona debía encuadrarse entre los "genios peculiares" o los "locos enigmáticos"¹². Lo importante, en cualquier circunstancia, era acertar a adivinar si esa persona había decidido abrazar la causa de la independencia, la creatividad, la coherencia y la honestidad, es decir, de la radical humanidad. Por eso, el mensaje final de Stefan Zweig en *Castellio contra Calvino* resuena hoy con la misma vigencia que siempre, pero cualificado por la especial contundencia que asiste a quien, con su palabra y con su testimonio, es capaz de compartir principios que derrotan al tiempo fugitivo:

"Todas las ideologías y sus triunfos temporales acaban con su época. Sólo la idea de la libertad espiritual, idea de todas las ideas, que por ello no se rinde ante ninguna otra, resurge eternamente, porque es eterna como el espíritu. Si exteriormente y durante un tiempo se le quita la palabra, se refugia en lo más profundo de las conciencias, inalcanzable para cualquier opresión. Por eso es inútil que los gobernantes crean que han vencido al espíritu libre por haberle sellado los labios, pues con cada hombre nace una nueva conciencia y siempre habrá alguien que recordará la obligación espiritual de retomar la vieja lucha por los inalienables derechos del humanismo y de la tolerancia"¹³.

¹² ZWEIG, S.: *Novela de ajedrez*. Barcelona. 2004, p. 19.

¹³ ZWEIG S.: *Castellio contra Calvino...*, pp. 252 y 251: "Precisamente cuando ya consideramos la libertad como algo habitual y no como el don más sagrado, de la oscuridad de los instintos surge un misterioso deseo de violentarla. Siempre que la humanidad ha disfrutado de la paz durante demasiado tiempo y con demasiada despreocupación, le sobreviene una peligrosa curiosidad por la embriaguez de la fuerza y un apetito criminal por la guerra, pues para seguir avanzando hacia su insondable objetivo, de cuando en cuando la Historia provoca retrocesos incomprensibles para nosotros. Cuando los malecones y diques durante una marea viva, se derrumban entonces los muros de la justicia adquiridos por herencia..."

"A nada parece habernos encaminado más la naturaleza que a la sociedad", decía Michel de Montaigne¹⁴. Y, por eso, cuando Zweig evocaba al gran maestro francés, recordaba que Montaigne no se definía a sí mismo como un escritor de libros cuya producción pudiera llegar a servir "de ejemplo, de autoridad, o de adorno", sino que sostenía que su única tarea consistía en dar forma a su vida, y que era ese su "único oficio" y su "única vocación"¹⁵. Luchar por el ser humano, y defender sus derechos y libertades imprescriptibles e inalienables, comenzando por su libertad de conciencia, es la gran lección que el testimonio de Stefan Zweig aporta desde los abismos de la persecución totalitaria, la sistemática agresión a la vida, la dignidad y la plenitud humana, y la voluntad totalitaria de arruinar, y para siempre, el proyecto de civilización.

Como es natural, la mirada del escritor nacido en Viena se deposita en forma permanente sobre la historia, intentando encontrar respuestas a interrogantes que únicamente pueden formularse y resolverse abordando una tarea tan apasionante como la de "Interpretar el presente a través del pasado"¹⁶. Pero es entonces cuando, también, la contemplación de la historia suscita nuevas interrogantes. Porque conocer la historia no equivale a ninguna forma de acumulación de información, sino a la capacidad para formular las preguntas que, verdaderamente, importan.

4.- ¿Es justa la historia?

Frente a la historia, frente a sus exigencias y a sus desafíos, frente a procesos políticos artificiales que convierten ficciones en profecías autocumplidas, suprema expresión de la total ausencia de honestidad cívica, no digamos académica o científica, Stefan Zweig se admira de

¹⁴ MONTAIGNE, M. de: *Los ensayos* (según la edición de 1595 de Marie de Gournay) Barcelona. 2007, p. 243.

¹⁵ ZWEIG, S.: *Montaigne*. Barcelona. 2008, p. 65.

¹⁶ ZWEIG, S.: *Viaje al pasado*. Barcelona. 2009, p. 91.

la capacidad humana para conservar su propia integridad¹⁷. Para un morador de una Europa terrible, la rectitud y la coherencia constituyen un maravilloso descubrimiento cotidiano. Y cuando pone término a una obra que representa hoy una lectura inexcusable para la ciudadanía de nuestra patria Europa, *El mundo de ayer*, escrita entre 1939 y 1941, y finalizada apenas semanas antes de su muerte, no puede ni quiere ser más concluyente al evocar la memoria de lo bueno, lo bello, y lo justo: "sólo quien ha conocido la claridad y las tinieblas, la guerra y la paz, el ascenso y la caída, sólo éste ha vivido de verdad" ¹⁸.

Cabe así entender mucho mejor una de las numerosas pequeñas joyas elaboradas por el escritor austriaco como si de una pieza de orfebrería se tratara, su ensayo "¿Es justa la historia?", y entender por qué Zweig se aproxima a las formas de poder que merecen realmente la admiración humana, es decir, las formas de poder accesibles a todo ser humano cuya conciencia permanece libre:

"...nuestro deber será siempre no admirar el poder en sí, sino sólo a las escasas personas que lo consiguieron de forma honrada y justa. De forma honrada y justa sólo lo consigue realmente el hombre espiritual, el científico, el músico, el poeta, porque lo que ellos dan no se lo han quitado a nadie. El dominio terreno, militar y político de un individuo surge sin excepción de la violencia, de la brutalidad; por lo cual en vez de admirar ciegamente a los vencedores hemos de formularnos siempre la pregunta: ¿por qué medios y a costa de quién triunfa alguien?"¹⁹.

¹⁷ ZWEIG, S.: *El legado de Europa...*, p. 19: "Nada puede exaltar y humillar tu 'yo' sino tú mismo. Aun la presión más fuerte del exterior cede con facilidad frente a quien internamente se mantiene firme y libre... pues en tiempos de confusión y de partidismos nada nos protege mejor que la rectitud y la humanidad".

¹⁸ ZWEIG, S.: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona. 2001, p. 546.

¹⁹ ZWEIG, S.: *El legado de Europa...*, p. 291: "Pero si estamos imbuidos -y espero que lo estemos- de la idea de la santidad de cada vida humana y negamos el derecho de un individuo a escalar los peldaños del poder

Dar sin haber quitado consagra al verdadero hombre de poder. La "primacía de lo espiritual" a la que se refería siempre un eminente contemporáneo de Stefan Zweig, como era Jacques Maritain, radicaba en su emancipación de toda servidumbre material. Porque, añadiría siempre el pensador parisino, mientras que el poder temporal tendía siempre a obligarnos a obedecer, la vocación de trascendencia se realizaba bajo una forma espiritual de poder que nos emancipaba ²⁰.

Para el historiador del Derecho, es decir, de las formas políticas, jurídicas e institucionales, o lo que es igual, de las formas establecidas de poder, y su aplicación, no resulta en absoluto desconocida la concepción del auténtico poder como la consecuencia de la donación y de la entrega, es decir, del dar que reside en la vocación universitaria, y tanto en su vertiente docente como en la investigadora. Pero el historiador del derecho no puede ignorar el drama histórico del poder, del afán de dominación del hombre por el hombre²¹, igual que entiende que el derecho, y especialmente en su histórica evolución, representa la voluntad humana de superar las relaciones de dominación política por una lógica compartida, cooperativa, colaborativa y fraterna de ejercicio de las responsabilidades políticas al servicio del bien común.

Un coetáneo de Stefan Zweig, el escritor piamontés Cesare Pavese, quien decidió también tomar su propia vida apenas unos años después, el verano de 1950, anotaba en su diario, el 11 de noviembre de 1943, que la diferencia entre lo antiguo y lo moderno es que lo antiguo contaba las cosas increíbles como si fueran reales, y lo moderno contaba las cosas reales como si fueran increíbles²². De esta forma, la historia se convertía en una herramienta al servicio de cualquier propósito

pisoteando a cientos y miles de sus compañeros de sufrimiento, ya no veremos la historia universal únicamente como una crónica de victorias y guerras, y no consideraremos ya de antemano al conquistador como un héroe, y entonces habremos puesto fin a la peligrosa divinización del éxito".

²⁰ MARITAIN, J.: *Primacía de lo espiritual*. Buenos Aires. 1982, p. 61.

²¹ GARCÍA PELAYO, M.: *Los mitos políticos*. Madrid. 1981, pp. 30 y ss.

²² PAVESE, C.: *El oficio de vivir. El oficio de poeta*. Barcelona. 1980, p. 353.

aventurero y de cualquier afán de manipulación. Otro de los contemporáneos de Stefan Zweig, el historiador francés Marc Bloch, combatiente en ambas Guerras Mundiales, también de origen judío, sostenía en una de sus obras más singulares, *La extraña derrota*, apenas un año después de la muerte del escritor austriaco, en 1943, una explicación que hubiera representado una extraordinaria contribución a la definición de su pensamiento sobre la historia. El historiador nacido en Lyon mantenía que los pueblos libres cuyos objetivos eran, además, nobles, corrían un riesgo doble. Pero que, cuando se afrontaba ese riesgo, no podía infundirse en los soldados que defendían la libertad y la nobleza el miedo a la aventura²³.

Libertad, nobleza, riesgo y aventura. Toda una enumeración de virtudes definidoras del proyecto democrático. También, de argumentos que permiten contemplar la historia con la misma óptica que Stefan Zweig cuando valora el triunfo de Isabel Tudor sobre María Estuardo:

"Isabel ha triunfado de un modo definitivo... los tiempos de la defensiva han pasado; ahora, su escuadra llega a ser poderosa para poder atacar, a través del océano, en todas las partes de la Tierra, y tan magnífica que puede ligarlas en un Imperio Unido. La riqueza crece, un nuevo arte florece en los últimos años de la vida de Isabel. Nunca fue más admirada la reina, nunca más amada ni venerada que después de esta malísima acción suya. Siempre sobre las piedras angulares de la dureza y de la injusticia son edificados los grandes Estados; siempre sus cimientos tienen sangre como argamasa; injusticia, en la política, sólo las cometen los vencidos, y la Historia pasa sobre ellos con paso de bronce"²⁴.

²³ BLOCH, M.: *La extraña derrota. Testimonio escrito en 1940*. Barcelona. 2003, p. 166.

²⁴ ZWEIG, S.: *María Estuardo...*, p. 349.

Peor que la constatación lúcida de la inexorabilidad de la historia, sin embargo, es considerar que los grandes avances de los derechos y de las libertades que aseguran la primacía de la vida y de la dignidad humana se encuentran firmemente asegurados. Stefan Zweig, como si de un contemporáneo Giambattista Vico se tratara, advierte sobre los *corsi e ricorsi* de la historia, sobre sus avances y retrocesos, sobre la reanudación de las formas cambiantes de la agresión autoritaria y totalitaria sobre la inteligencia, la razón, la libertad, y la primacía de la conciencia emancipada:

"En los cimientos de cualquier Estado, toda constitución contiene los derechos humanos como lo más inviolable e irrevocable, y ya creíamos que los tiempos de los despotismos intelectuales, de las ideologías impuestas, de los dictados sobre la conciencia y de la censura habían desaparecido para siempre y que la aspiración de todo individuo a la independencia espiritual estaba tan asegurada como el derecho sobre su propio cuerpo, pero la Historia es flujo y reflujo, un eterno subir y bajar. Nunca un derecho se ha ganado para siempre, como tampoco está asegurada la libertad frente a la violencia, que siempre adquiere nuevas formas..."²⁵.

Y la advertencia de Stefan Zweig resuena con especial sonoridad en este instante de la historia. También existió un tiempo en el que Europa consideró los derechos humanos como una conquista irreversible, y la tiranía política y la persecución al pensamiento libre superados bajo todas sus expresiones. Y precisamente en ese tiempo los discursos totalitarios irrumpieron con estrépito siniestro en la historia del proceso de civilización. Decía Paolo Grossi que el derecho es "historia viviente"²⁶. Y, en la vida, ningún poder es tan invencible como el de la conciencia libre de Castellio. Y pocos escritores demuestran tan ejemplarmente que "el derecho es libertad" de Jaime Guasp que Stefan Zweig.

²⁵ ZWEIG, S.: *Castellio contra Calvino...*, p. 251.

²⁶ GROSSI, P.: *Prima lezione di diritto*. Roma-Bari. 2010, p. 76.